

# El síndrome de Estocolmo

Ángel Basanta

Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) ha llegado a la Literatura con la autenticidad de la recreación de su tierra. En el número 2 de la revista *Lucanor*, en el que se incluyen tres textos suyos y un repertorio completo de sus cuentos, además de un estudio de Santos Alonso, el escritor confiesa las líneas maestras de su prosapia literaria:

"Soy hombre del noroeste (la Galicia de Prisciliano y de Cunqueiro, la Asturias de Clarín, el Bierzo leonés) y en esta tierra tenemos la pasión de contar...». La sencillez de lo cotidiano entreverado de elementos mágicos, la fidelidad a ciertos valores de la intrahistoria y el hábito de la narración oral son algunos de los saberes de quien puede ya mirar el mundo desde una visión personal sin caer en cosmopolitismos resumidores de todas las superficialidades. Porque el mismo escritor que supo expresar la verdad de su tierra en muchas narraciones abarca también otros mundos con la misma autenticidad, apoyado en sus dotes de observación y asimilación y en su capacidad para crear ambientes. Así ocurre en los cuentos reunidos en *El síndrome de Estocolmo*, que la RAE ha distinguido con el premio Fastenrath.

Todo es consecuencia de la evolución de una mente fabuladora que un día revelaba su vocación, frustrada «de conductor del coche de línea de mi pueblo». En los dieciséis cuentos del libro abundan los espacios lejanos, probablemente conocidos por el autor. La ilusión de verdad que de ellos se desprende parece fabricada con jirones de experiencia y paciente labor de creación artística. Algunos se sitúan en escenarios americanos, desde Nueva Orleans hasta Río de Janeiro o Buenos Aires, pasando por Puerto Rico, Acapulco o ciertos lugares de la República Dominicana: otros se localizan en Moscú, Lisboa e incluso en el avión que va de Madrid a París; no faltan los que se desarrollan en el noroeste peninsular, con recreaciones del pasado en Oviedo, Astorga y otros lugares innominados: hasta hay uno en el que se recrea, con enfoque cercano al esperpento, la peripecia de un gobernador civil de Ciudad Real en apuros ante la presencia de Franco.

Las anécdotas son diversas, como también lo es su localización en lugares diferentes y de culturas distintas. Pero hay algo común que consiste en aprovechar la peripecia narrada como un signo revelador del medio en que sucede y en procurar

que los interrogantes no desvelados al final prendan en la imaginación del lector. Ocurre hasta en los cuentos más realistas, con la simpatía de la víctima hacia sus secuestradores («El síndrome de Estocolmo»), el contrapunto entre el presente y el pasado («Casa de niñas en Acapulco»). La historia de un potentado centrada en peripecias anteriores a su enriquecimiento («La escalerilla»), el miedo del nacido en el interior a quedarse sin tierra en la isla («Teoría y práctica de las islas») o el suspenso derivado de una pregunta-invitación final («El vuelo»). A veces el giro final es causa de la sorpresa, bien por engaño de la historia romántica recreada («La hija del general»), bien por explicación de lo extraordinario por un elemento real escamoteado («Truman Capote cuenta un cuento»). La intensidad de las situaciones aumenta cuando se impregnan de misterio por la seducción de las palabras y de la voz («Palabras, palabras para una rusa») o por la aureola de poder mágico que se apodera de un investigador en un pueblo supersticioso («El carisma»).

Misterio, magia y realidad -realizada por la aparición de personajes como Borges o Truman Capote- se funden en estos cuentos sugerentes más por lo que se calla que por lo que se dice. Ejemplo del arte de sugerir son aquéllos en que el tratamiento del erotismo se desarrolla con exquisita finura («Palabras, palabras para una rusa»), («Visita impía del Gulbenkian»). Imaginación, humor, adelgazamiento estilístico y amor por las palabras se alían con la frescura y la espontaneidad del relato oral. Parece que la narración fluye con desorden, pero su organización se apoya en un elemento que funciona como leitmotiv, ya sea una palabra, unas camelias o un verso de Rimbaud. Nunca se quiebra la sobriedad expresiva, ni siquiera con la inclusión de voces de lenguas habladas en los lugares en que se localizan las historias: al contrario, palabras y frases italianas, rusas, inglesas, portuguesas, francesas y americanismos léxicos y sintácticos se deslizan -cada lengua en el cuento correspondiente- en eficaz juego estilístico que da color y perspectiva, crea ambiente, realza matices que dichas voces connotan y, además. No abruma al lector. Siempre aparece un sabio autor implícito que se extraña de sí mismo por "haber ido cinco veces a Puerto Rico y no conocer Ribadeo», conjetura que "Pescara no debe de ser mucho más que Lugo» o compara la tierra leonesa con la umbría italiana, y disimula" la explicación de los extranjerismos y otras referencias y alusiones culturales que salpican las narraciones. Para hacerlo tan hábilmente hay que ser un experto en el arte de Sherezade. Antonio Pereira lo es. Así lo demuestra su eficaz empleo de procedimientos de la narración oral y su conocimiento de los maestros del cuento contemporáneo, su expresivo manejo del contrapunto y de los contrastes entre dos o más espacios y épocas diferentes y sus comienzos abruptos en narraciones cuya intensidad se acrecienta en busca de finales ambiguos y misteriosos.